Hugo Noël Santander Ferreira nació en Bucaramanga, Colombia, en 1968. "Himnos a Jesús" describe su experiencia mística por mandato de Jesús, quien el 1ro de junio de 2011 lo ungió Profeta para juzgar vivos y muertos. "Rey de Reyes", canta a sus experiencias de 2022, cuando La Santísima Trinidad le revela ser la reencarnación del apóstol Pedro. Hugo es además director de 5 películas de cine, y autor autor de otros 70 libros de cuento, novela, teatro y filosofía.

Entre montañas, ciudades y desiertos del alma, una voz atraviesa la historia y pronuncia el nombre de Cristo.

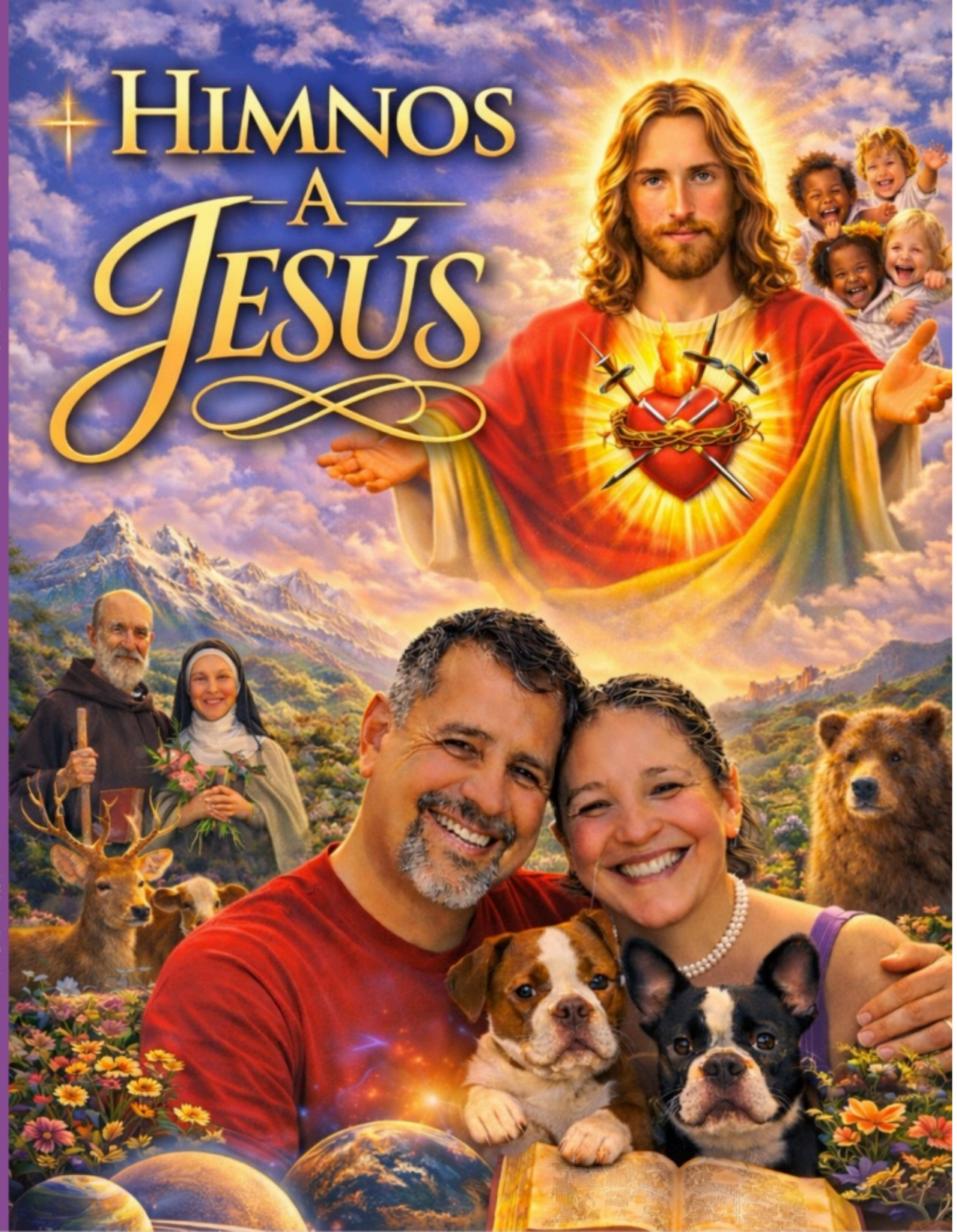
En estos cantos a Jesús interviene la alegría de los niños, la mansedumbre de las criaturas, la fidelidad de los santos y la esperanza que florece tras el combate y la victoria de un profeta que celebra la omnipotencia de Dios en cada criatura. La palabra poética es aquí oración y canto, bruñida en visiones, recuerdos y encuentros en los que la presencia divina ilumina la vida diaria.

Cada página abre un paisaje donde la tierra y el cielo se encuentran: almas y hombres, tentación y profecía, el sufrimiento sereno de un ungido y la gloria. En ese horizonte aparece Cristo con su corazón ardiente, convocando a todas las naciones y a todas las generaciones a participar de la verdad.

Himnos a Jesús celebran la belleza del mundo creado y el misterio del amor y palabra que lo sostiene, invitando al lector a contemplar la historia como una peregrinación hacia la plenitud.

Himnos a Jesús

Hugo Noël Santander Ferreira



Hugo Noël Santander Ferreira

Himnos a Jesús

La unción del Juez de Vivos y Muertos

Santaley Publishing – Libro electrónico y edición impresa
Edición original 2026
consultoriasstanley@gmail.com

Hugo Noël Santander Ferreira © 2026

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su utilización en cualquier forma o por cualquier medio, sin la autorización expresa y por escrito del editor, a excepción de las citas breves incluidas en reseñas.

ISBN: 979-8-8542-9599-4
Diseño de cubierta y contraportada
© Leyla Tobías de Santander
Maquetación del libro electrónico y de la edición impresa: Leyla Tobías de Santander
Fotografía: Hugo Noël Santander Ferreira
Impreso y producido digitalmente en América

Primera edición
Todos los derechos reservados

Índice

A la Virgen María, Madre de Dios 7
Prólogo 11
Canta Jesús, Dios, Hijo del Hombre 15
¿Por qué me has alejado de tu vida? 18
Filósofos y poetas 21
Cada cual es un eje vertical 25
La espada de la Verdad que siempre empuñó 28
¿No sería mejor una nueva religión? 31
Abofeteado que dio su otra mejilla 33
Tu compasión ha sido mi virtud 35
Temo perderte por la presión de un mundo 38
Al juzgar a los hombres y su credo 41
Te unjo mi Profeta 43
Y le confiaste una voz en fuego 46
«Sufro yo más que tú», me respondió 48
Dios Padre, Yahvé y Alá en todo su esplendor 50
Pero las enfermedades vendrán 52
En Israel ya te vieron caminar conmigo 55
Pruebas del ocaso de los terremotos 57
«Eres del metal de Abraham», me dijo 60
María, madre de quienes sufrimos 62
Himno a Tu Victoria sobre el Mundo 75
Al leerte fraguaste esta arena en la verdad 78

Soy aquel a quien el mundo entregas 81
Que nuestra comunión sea su clímax..... 84
Mas quienes hacen de su corazón el tuyo 86
Y en nuestra comunión, casa de los dos..... 89
¿No ha secado conflagraciones y lágrimas?..... 91
Inmortal Orden de Melquisedec 93
Profanando la lógica más célebre 98
La realidad es apenas una costra 100
El yunque del Señor es la luz de la verdad 102
La clepsidra del Juicio Final es la Verdad..... 106
Expondrás a quienes quisieron lastimarte 109
Ante el Sanedrín 112
Bello Señor que marchitas dolencias 116
También Dios necesita de mí 120
Dando amor sin recibir a cambio 124
En el papel de víctima de lo injusto..... 128
En este desierto hago de tu fe mi biografía 132
Prefiero ver que el mundo es solo un juguete 135
Tú que caminaste a mi lado..... 139

A la Virgen María, Madre de Dios

A ti, en un mundo enfermo y cruel,
donde el engaño espiritual es corriente,
por temores infundados a la muerte,
descendiste para llevarme
de regreso a mi Señor querido,
quien me otorgó la theopneustia,
el don de transcribir la voz de Dios.

Por ti mi alma halla inspiración divina,
y por la Gracia Celestial enaltece
mi voz en que la sabiduría rima.
A través de versos y metafísica,
la voz del Cielo baja y se revela,
cuando al escribir, a ti me acerco
mi pluma en tu gloria se enaltece

La nada es real, y es un mar de luz

Robert Penn Warren

Prólogo

En *Himnos a Jesús, la Unción del Juez de Vivos y Muertos*, Petrus Romanus —pseudónimo de Hugo Noël Santander Ferreira— nos entrega un canto que resuena con la voz de lo divino: «¡Canta, Jesús, Dios, Hijo del Hombre!». A través de versos ardientes y contemplativos, ungido como profeta por la Santísima Trinidad y por mandato de Jesús, el poeta nos conduce hacia un encuentro con lo eterno. Esta obra, testamento místico y diálogo profético, entrelaza lo humano y lo divino en una comunión intensa, donde el poeta habla en Dios y Dios habla en el poeta, fundiendo sus voces en el amor transformador de la fe.

Enraizada en la tradición de la literatura mística —de Meister Eckhart a Teresa de Jesús y Juan de la Cruz—, la poesía de Ferreira atraviesa las vanidades del mundo material —fama, dinero, poder— para elevarnos hacia los misterios de lo sagrado. Sus versos, inscritos en la lírica contemporánea, devuelven lo divino a la experiencia viva e invitan al lector a pasar de la herida cotidiana a la plenitud del amor correspondido.

Jesús emerge en estas páginas como presencia activa: juez y salvador, justicia y misericordia. Su llamada no es abstracta, sino histórica: instaurar el Reino de los Cielos en la tierra mediante la conversión interior y la

fidelidad creadora al Evangelio. La misión profética implica señalar, con amor, aquello que se aparta de la luz.

Entre los poemas destaca la meditación sobre un punto de inflexión histórico: el 11 de abril de 2012. A partir de esa fecha, las estadísticas globales registran una disminución drástica y sostenida en las muertes por terremotos. Los datos consolidados por organismos independientes —como el *U.S. Geological Survey* y las bases reunidas en *Our World in Data*— confirman una reducción aproximada del 91% en el promedio anual posterior, aun considerando episodios aislados de alto impacto. El poema integra esa realidad en su visión teológica: *Dios no promete en vano*. Y la historia ofrece signos que el corazón atento sabe leer.

La obra es también crónica espiritual. París, Madrás (Chennai, la "Ciudad de la Madre de Dios", donde el apóstol Santo Tomás dio testimonio de su fe), Bogotá y otras geografías se convierten en escenarios de una experiencia radical. Visiones, pruebas, silencios y revelaciones atraviesan la vida del autor, quien se presenta como instrumento de reconciliación antes que como protagonista.

La Virgen María recorre el poemario como hilo luminoso. Madre de los que sufren, intercesora y guía, acompaña el retorno hacia Cristo y modela el corazón del poeta. Su presencia no es decorativa: es principio y

camino, consuelo y fuerza.

La universalidad es uno de los rasgos distintivos de esta obra. Escrita en castellano y cantada en múltiples idiomas, la poesía de Hugo Noël abraza lo espiritual y lo histórico, lo metafísico y lo concreto. En ella, la fe dialoga con los acontecimientos del mundo, y la métrica se convierte en testimonio.

En una época que reduce la existencia al azar y al cálculo, *Himnos a Jesús* afirma la centralidad del amor, la responsabilidad moral y la esperanza activa. Cada poema convoca al lector a examinar su conciencia y a redescubrir el sentido último de la vida.

Más que un libro, esta obra es una proclamación: la eternidad irrumpe en la historia, y el corazón humano está llamado a reconocerla.

Leyla Tobías de Santander
Sincelejo, Colombia

Canta Jesús, Dios, Hijo del Hombre

Canta Jesús, Dios, Hijo del Hombre,
canta en mi lengua castellana,
si antaño extensa en su renombre
hoy cementerio de rota porcelana.

Allí yace Calderón, El gran teatro del mundo,
donde mendigo y Rey lamentan su rol,
su Príncipe constante que prefirió morir
a dar la razón al tirano siniestro.

Allí Tirso de Molina y su Comendador,
hombre probo cuya alma fue retada
por Don Juan, modelo de truhanes,
que invocan las ánimas que los destruyen.

El peregrino en su patria, de Lope de Vega,
huésped del mundo por breve jornada,
quien recibe la muerte con alborozo
por volver a Dios, su genuina morada.

Allí Teresa conversa con Cristo
como yo lo hago en estos versos;
certeza que en la India aún crepita:
sabio es quien constante busca a Dios.

Allí San Juan de la Cruz desposa a Cristo
para enseñarnos que el amor
es comunión de intenciones sinceras.
Allí Quevedo, Fray Luis y María de Ágreda.

Desde Tu palabra escogía
la voz de Salomón, y en el desierto
de la ciencia y la filosofía
retomaba Tu ejemplo con aliento.

Soñaba con templos y callejuelas
y zarpamos por puertos y ciudades,
hijo de una maestra de escuela
que enseña a los poetas del mundo.

Y elegí de Ti lo que ya pocos creían:
Tu resurrección, Tu omnipresencia,
Tu dominio del cielo y el infierno,
Tu regreso al fin del orbe.

Y si antaño caí en caudales raudos
al dudar y Te negué tres veces,
hoy caminamos sobre lava
para juzgar a quienes Te condenaron.

Hoy Te alaba como antaño
quien hiciste Tu profeta
en los jardines yermos del engaño,
en el tronco desalmado de mi Era.

¿Por qué me has alejado de tu vida?

En dos mil diez viajé hacia Francia;
la visa requerida por la India
para enseñar cine me era negada:
prejuicios dilataban mi partida.

Lo que era trámite de tres días
se prolongó en meses de agonía;
burócratas frustraban el contrato,
vendí mi apartamento para subsistir.

Desesperado, oré a la Virgen
del templo de la Medalla Milagrosa;
a Madrás me envió en mi cumpleaños,
en dos mil diez, en la edad del Padre.

Porque en el alma se despliegan tres edades:
el fuego del Padre, la luz redentora del Hijo,
el aliento del Espíritu que envía su voz a las naciones
y me llama a los campos perdidos del Edén.

Abril marcó el final de clases,
y en una torre fui aislado por docentes
que entre sí decían: «Es americano,
se desesperará y se marchará».

¡Pero era Dios quien me llamaba!
Sentía un creciente desdén del mundo
y un llamado urgente a escribir mi vida,
a narrar cómo en cada país Dios me protegía.

Cierta noche, desde el cuarto contiguo,
oí que me llamabas, como a Samuel.
Tres veces no vi sino vacío,
hasta hallar Tu imagen abandonada.

«¿Por qué me apartas de tu vida?»
Me percaté de que por primera vez
en mi vida vivía sin una cruz
o imagen de Jesucristo en mi alcoba.

El icono de Tu Sagrado Corazón
brilló con un resplandor desconocido,
y reparé en Tus cabellos rubios,
Tus ojos azules, Tu piel de nácar.

Tu corazón sangrante fulguró, y respondí:
«Pero no fuiste en Galilea como allí retratado».
Dulce me amonestaste: «No me juzgues
por mi rostro; júzgame por mi corazón».

«Compadece a tus hermanos», añadiste,
«ya no saben gobernar, se extravían».
Arrepentido, a Tus pies sollocé:
¿cómo pude juzgar por apariencias?

Filósofos y poetas

Las preguntas trascendentes dicen que son
insondables,
sin demostración ni respuesta para la lógica
infrahumana;
con Kant la metafísica aparenta derrumbarse,
o, como la perseguida Hécuba, es esclava de tiranos.

Y cierta noche solitaria de un viernes laborioso,
el Espíritu Santo abrió mi vedado tercer ojo,
y en un solo destello alcancé los arcanos
secretos del universo y sus latidos esotéricos.

Un dolor infinito se expandió por mi pecho,
y al instante sanó en una dicha sublime:
—Es el pulso de la vida— proclamaron los dioses,
revelando su esencia que en Dios mismo reside.

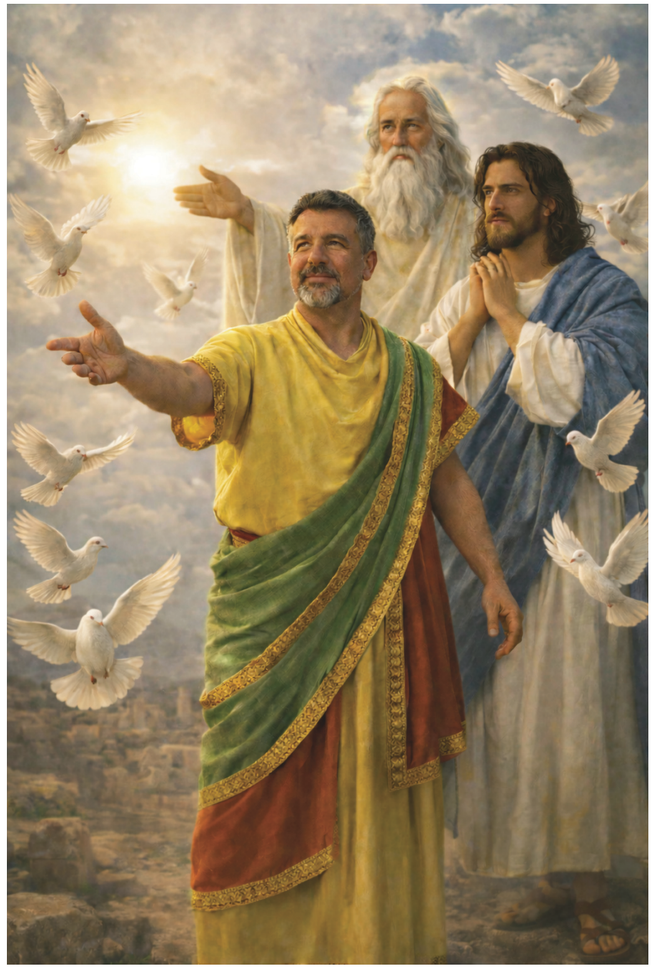
Sustancia universal, sin figura ni género;
en el Corán Padre, Cristo y Virgen María,
triada que Allah rebasa, Dios único y eterno;
que para el cristiano es su Santísima Trinidad:

Padre, Hijo y Espíritu, misterio consustancial,
Dios masculino encarnado en su Hijo Jesucristo.
Al día siguiente, mientras escribía en silencio
sobre persecuciones remotas de kirguizos,

otra presencia etérea sentí junto a mi puesto:
hombres que en silencio celebraban mis líneas.
Eran Sócrates y Dante, seguidos de Platón,
Aristóteles y Sylvia Plath, Shakespeare, Beckett y
Shaw;

cientos de almas en gracia me abrazaron entonces,
voces que desde niño dialogaban conmigo.
Filósofos y poetas que en eterna vigilia
revivo en mi teatrexto “El Simposio de Arcadia”.

Ninguno explicó nunca el motivo del júbilo;
mas supe que, como ellos, había alcanzado el cenit:
el saber divino que Jung prescribiera difuso,
aquel al que solo las nobles almas acceden.



Cada cual es un eje vertical

Cada cual es un eje vertical,
cada cual una isla a un costado;
y Tú, vía inagotable, matriarcal,
quien concede todo lo anhelado.

Felicidad hurtada del Edén,
del juego con el niño que reía,
quien cayó una tarde en un andén;
en Oporto de blanco lo vestías.

Eres un atardecer sublime, de nubes
encendidas en aras de cristal,
sobre Greenwich, puerto dorado,
nuestro hogar tras zarpar de Portugal.

A orillas del Duero me confiaste la ciudad;
un fado lejano en mi documental
Ilhas de Porto, voz de los desamparados,
el universo de un abrazo inesperado.

Fuiste Tú quien, en clase de alemán,
me inspiró a decir: «Ich bin aus der Welt»;
cuando preguntaron de dónde era,
era la Guerra Fría y afirmé ser del orbe entero.

Mi *Lehrerin* sonrió, desconcertada;
mis compañeros celebraron mi panteísmo,
amados que la eternidad recobrará:
corría mil novecientos ochenta y seis.

Ser que eligió ser todos los seres
para encarnar su propia creación,
incluso en quienes olvidan
que disolver el ego es recobrar a Dios.

Amor: quien a Ti se encomienda
la oración viva, defensa ante el canalla.
Compasión que la duda enmienda,
la del mar de Galilea y su tormenta.

La espada de la Verdad que siempre empuñó

Era profeta, y desde la montaña
que su pueblo a lo lejos distinguía,
los halagaba o reprendía sin cizaña
con versos que secretamente resentían.

«Lucha por alcanzar la verdad, estudia
y obra sin abandonar la justicia;
hacia quien te ama o quien te odia,
no dejes de denunciar la injusticia».

«Así el mundo será tuyo, como hoy lo es mío».
Incrédulos lo acusaron de pecados
por aceptar a quienes lo aceptaban
en una era de hipocresía y menosprecio.

Les hería verlo partir a nuevos continentes,
caer y reemprender nuevas empresas.
«Ustedes pueden reinventar el mundo»,
decía, fabricando sueños que ellos destruían.

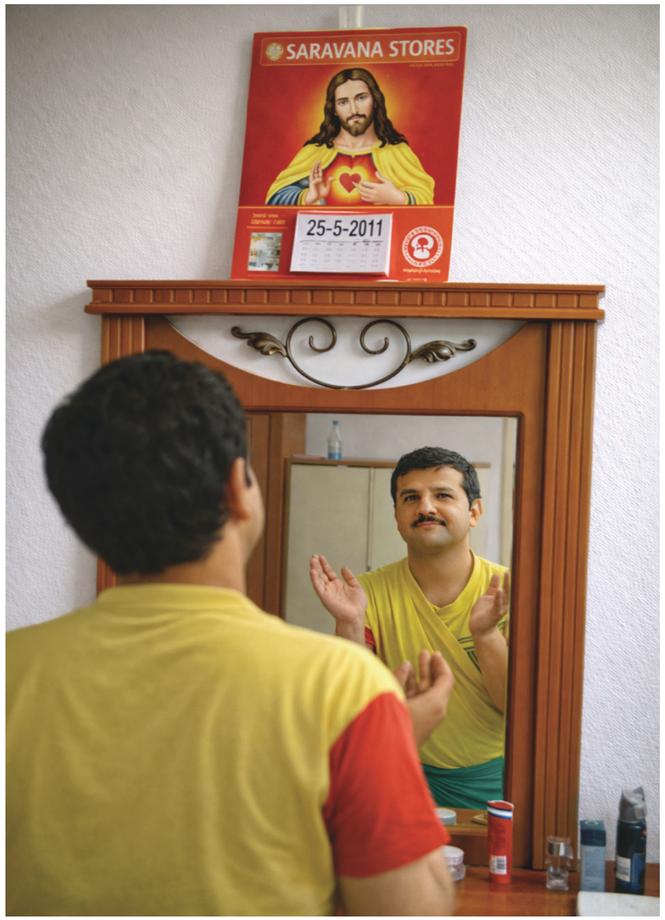
Al fin lo apresaron y a un pozo lo arrojaron
para herirlo con piedras del camino;
ofensa que suscitará temblores
cuando Dios lo traiga a Sus dominios.

Al verlo vivo se reagruparon
y lo denunciaron ante los romanos,
quienes ordenaron que muriera en un «accidente»:
«No permitiremos nuevo calvario».

¿No veían —mientras los ángeles del Señor
reescribían el azar para guardarlo—
cómo poderosos, acicateados por mentiras,
urdían «accidentes» de los cuales escapaba?

Incapaces de reconocer la gracia de Dios,
lo caricaturizaron como villano de moda;
como a Cristo con el demonio en Israel
presumiendo que las tinieblas superan la luz.

Tres años después, en tierras contenidas,
cielo y tierra le entregaron sus sellos:
la espada de la Verdad que siempre empuñó,
pues desde niño el Espíritu Santo en él vivía.



¿No sería mejor una nueva religión?

Otra noche una voz portentosa
me indicó que yo sanaría enfermos
y que las multitudes me adorarían.
«¿Por qué amas tanto a Jesús?», me dijo.

«¿No sería mejor una nueva religión?
Las iglesias están vacías, lo viste.
En París, en donde te increparon
por venerar la iglesia de Montmartre.

No sólo a apreciar su arquitectura fuiste,
sino para orar a María y los santos.
¿Te humilló un guardia por tomar tu foto?
¿Por no leer un letrero diminuto en la pared?

Con la ciencia las religiones acaban.
¿No ves a pastores dueños de aviones privados?
¿No ves el lujo del Papa en sus palacios?
¿Por qué ser pobre cuando ya eres Rey?»

Por un instante consideré su oferta
y mi alma se desgarró aterida,
como el dolor de la Virgen María al ver
a José creyendo que ella lo engañaba.

«¡Jamás!», grité compungido.
«Nunca abandonaré a mi Jesús»,
añadí, recitando al dulce Bach,
aunque todos lastimen mi corazón.

Abofeteado que dio su otra mejilla

Soy el constructor, molde de arcilla,
hacedor de altares y de arietes,
abofeteado que dio su otra mejilla
setenta y siete veces siete.

Esperaban a otro Papa sonriente,
a otra santa recluida hasta su muerte,
a otro jesuita abatido por desenmascararlos
y jamás a quien los doblegara con su fe.

Quien cantó a sus amores y pasiones
ante científicos y monjes incrédulos.
Quien alcanzó su Ser trascendental
por ser de su divinidad discípulo.

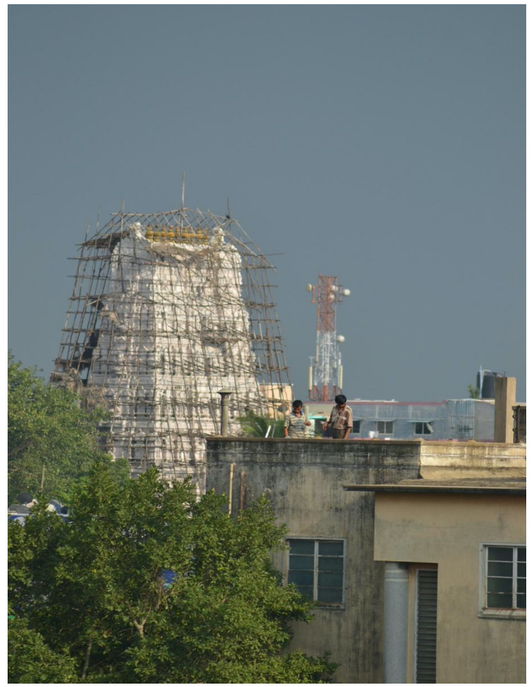
Polvo que eligió vivir sin espantos
con ideas que Dios le concedió.
Quien fue salvado por los santos,
por el amor al que recurrió.

El receptor de todas las ofensas,
quien hoy actúa con templanza
sobre injustos y bestias traviesas,
quien ora por su desesperanza

Mi corazón es un altar abierto.
Soy quien perdonó a sus hermanos,
cuando me ofrecieron veneno,
testigo y espectador de las estrellas.

Ángel de Canadá y América
Zar de Portugal, Turquía y Rusia,
voz de Inglaterra, ciudadano de Francia.
Crucificado, muerto y resucitado en Colombia.

Tu compasión ha sido mi virtud



Tu compasión ha sido mi virtud,
intención que Kant llamó liviana
y a la cual apeló en su senectud.
Ninguna de Tus oraciones será vana.

Y hablé sin vanidad o reparos
a encubiertos conspiradores;
solo contra astutos destacados,
sal en una tierra de aduladores.

Mi destino era, un político me dijo,
el del poeta que naufragaría en altamar,
el de una presa a quien bestias dominarían;
mas ya sabía que Tuyos eran la jungla y el mar.

Simplemente creí en los Evangelios
y cuando fui invitado a conspirar
protesté airado, incapaz de evitar
que se condenaran y su víctima cayera.

Así fui desterrado de ciudad en ciudad,
para que Tú nuevas tierras me entregaras.
Hubo tentaciones, pero el azar, Tu égida,
me alejó de ellas alterando mis palabras.

También me corregiste hasta ungirme profeta,
y como Tú sané enfermos y calmé tormentas:
intercedí por Fukushima y escuchaste,
a quienes amé entregaste una larga vida.

Si sufres una injusticia, escribía en ventanillas,
apoya tu pecho en Jesús, sin importar tu nación,
deja que tus lágrimas se mezclen con las Suyas.
Anunciaban otro suicidio en el metro de París

Temo perderte por la presión de un mundo

Los días de soledad en Dios transcurrían,
y mi ser oía una canción una y otra vez,
apegado a metáforas cuyo sentido
vería después de mi epifanía sublime.

Tienes de mí la imagen de mi corazón herido,
la que ahora reposa sobre tu armario;
las comidas con las que bendigo cada día tu mesa,
y mis llamadas primeras de abril.

¿No te asombras de que te llamé tres veces?
Mi voz se diluye en tu escepticismo;
tampoco esperas que manifieste ante ti
el amor que desde el silencio te profeso.

Si te hablara con voz articulada,
rompería los dogmas que predican de mí;
pero solo por darte la dicha de escucharme
abrazaría demonios domados ante ti.

Temo perderte por la presión de un mundo
que me presume muerto, aunque gobierno
el curso de sus días; mi corazón sangra
porque ya no creen en su eternidad.

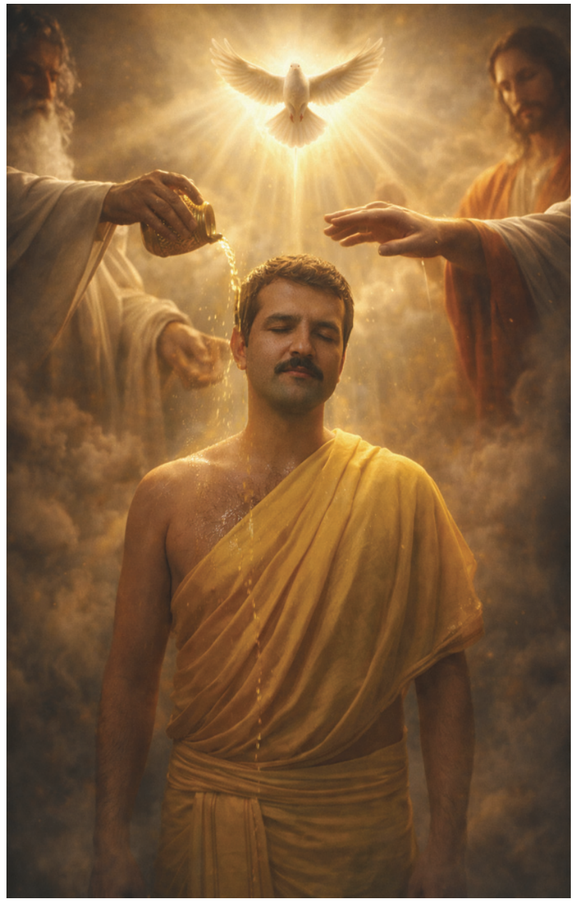
¿Por qué insisten en verme crucificado
y no también resucitado? Sufro
por quienes creen en mí y por mí sufren,
como tú, desterrado de tantas naciones.

Tantos pierden la fe en mi velado obrar,
y tú la has preservado por decenios;
hablaré contigo sin más prórroga.
Que el mundo sepa que te elegí a ti.

Tantos oran a mí solo en tiempos de pena;
si no te hablo, filosofías mundanas te alejarán
en los placeres que tus versos te procurarán;
descenderé en gloria, y toda la India lo sabrá.

En Job ya advertí que no requiero explicaciones:
ya vencí la muerte y soy inmune al fuego;
tu alma brilla entre las tinieblas de tu era,
ya no sufrirás más por mi aparente ausencia.

Mi Sagrado Corazón muere en papel
o en madero por hastío y miedo;
sin la fe de quienes me prefieren al Maya,
así me crean lejano cuando los llamo tres veces.



Al juzgar a los hombres y su credo

Y era un único Ser el que venía
de un sentimiento hacia sus adversos.
Descenso y ascenso que reunía
las comedias, amores y fracasos.

Ser que eligió abandonar toda memoria,
protagonista de lo posible, destronado,
complacido en su caída o en su gloria,
Satanás redimido y Dios condenado.

Diversificado en todo y en mí,
niño que emprendió su juego.
El yugo al que renuncié por ti,
alfa de luz, omega del miedo.

¡Aclara! Satanás es ignorancia plena,
caída eterna por la contracción del ego;
y Dios, sabiduría absoluta, el Todo
en el que se funde quien desprecia el ego.

No lo vi, no lo oí, lo sentí:
el dolor más angustiante y solitario
y el éxtasis más sublime y amoroso.
Así supe que el sufrir es el sendero al Edén.

Al cabo de unos días
me pregunté sobre el sentido de mis libros,
narrativas de mis humillaciones y triunfos.
Y la voz de Dios resonó en mi mente:

«Al juzgar a los hombres y su credo,
toma las carcasas de lo que has vivido
y fúndelas en las fraguas de Toledo
para que sepan que existimos».

Allí los arrianos negaban la Trinidad
hasta que al rey visigodo Recaredo
el Verbo conmovió y en Jesús vio al Padre,
como tú lo verás sumido en estas ascuas.

Dejé el tamil y recobré mi lengua,
por místicos en su milenaria capital fundida
en sentencias que escribo desde entonces,
acervo del cielo que de mis fraguas desenfundo.

Te unjo mi Profeta

Escucho el Réquiem de Tomás Luis de Victoria
por un llamado en mi interior,
mientras escribo un capítulo
de Una Primavera Kirguiza.

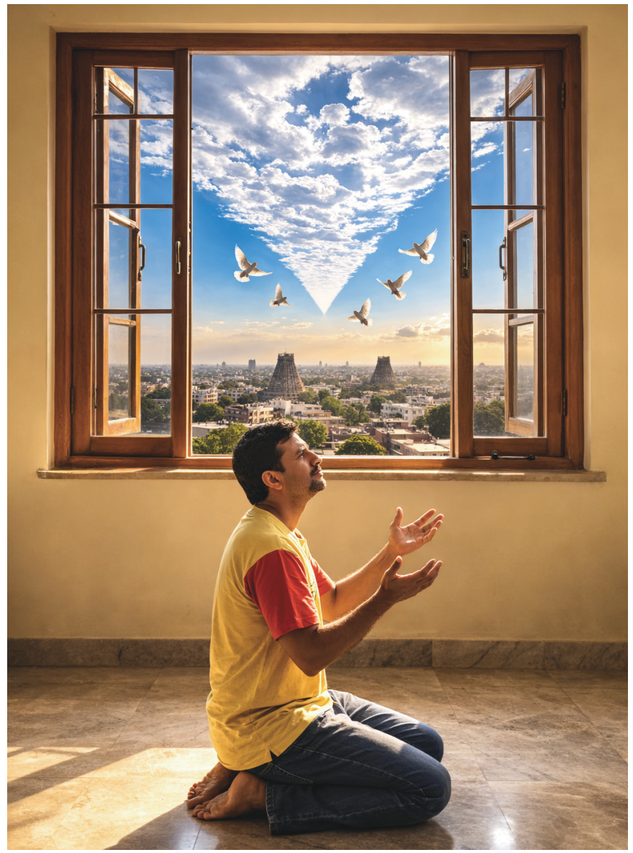
Aquel mediodía sin nubes
era el primero de junio de 2011.
Un aleteo resonó en la ventana;
me levanté y vi palomas blancas.

Detrás de ellas, una escalera de nubes
descendía del cenit hasta mi ventana.
Su perspectiva era infinita.
Noté que las aves miraban fijamente
hacia algo o alguien detrás de mí.

Regresé a mi cuarto y no vi nada.
De repente, escuché una voz dulce y amorosa:
«Por tu amor a Mis preceptos,
a lo largo de cuarenta años —dijo—,
te entrego todas Mis bendiciones
y te unjo Mi profeta
para juzgar vivos y muertos».

Mi alma —no yo— reconoció de inmediato a mi Señor,
y, cayendo de rodillas al suelo, clamé:
«¿Por qué yo, si soy un pecador?»
Recordando a tantos santos venerados.

Y Su respuesta fue simple y persuasiva
como la que había ya escuchado días atrás:
«No te juzgo por tus obras —Me consoló—,
sino por las intenciones de tu corazón».



Y le confiaste una voz en fuego

Como a Enoc, lo has llevado de los Andes
a los lagos de Europa, Asia y América,
sobre la Vía Láctea, Frankfurt y los Alpes,
desde Pondicherry hasta los caminos de Homero.

Y le confiaste una voz en fuego
a quien preguntaba si el pecado
no era su desinterés por la mentira,
el anhelo de un final apresurado.

Ya en la mezquita de Córdoba
consolidabas una a una sus antítesis,
éxtasis que la creación engloba,
matriz de las religiones y su némesis.

Desde niño proclamaba a cada uno la verdad,
incluso contra su voluntad; ni el látigo,
ni el desempleo, ni el cuchillo
callaron una voz que era la Tuya.

Uno a uno, los pecados lo asediaron
y en cada sitio enseñó su ternura.
A nadie lastimó y amó hasta morir,
incluso a quienes lo lastimaban.

Mi alma supo que mi Señor Jesucristo
hablaría conmigo por media hora,
y Su presencia irrigó mis oraciones:
las de Fátima, Lourdes y Guadalupe.

«Sufro yo más que tú», me respondió

El Rey de reyes conversó conmigo.
Yo, polvo presuntuoso, en mi estancia,
por treinta minutos oí a mi Maestro,
de quien aprendí que la justicia triunfa.

«Llévame contigo», le rogué humilde,
«vivo agobiado por tanto engaño».
«Sufro yo más que tú», me respondió,
«por no tenerte a mi lado».

«Muchas pruebas soportarás por varios años,
pero siempre estaré ahí, contigo».
Acariciando mi alma atribulada,
tomó mi mano y me sentó a su lado.

Como santa Teresa, sentí la paz,
la dicha infinita de alcanzar a Dios.
«No sufras más, cohibiéndote de vivir»,
y me abrazó como a su más amado apóstol.

No le veía, pero estaba en mí.
No lo oía, pero pensábamos igual.
¿Por qué durante tanto tiempo lo ignoré?
«Anuncia que converso con cada alma».

Me dijo que amar no es una ofensa
si ocurre con entrega y de común acuerdo;
que no hay que anhelar, que todo llega,
y devení uno con el Mesías, uno en Dios.

Dios Padre, Yahvé y Alá en todo su esplendor

Me asomé a mi ventana y el viento me acarició
como a las copas que cantaban en las ramas;
por primera vez sentí su hablar, su dicha
por haber presenciado a Cristo descender.

Jesús había partido, pero no solo su gozo,
sino también su palabra en mí quedaba;
un aprendizaje de quince años comenzaba,
al cabo de los cuales mi voluntad sería la suya.

Y en el aire latió la mayor omnipresencia:
—¿Qué deseas?—. Yahvé me habló entre nubes.
Vi que gurús en aquella torre me habían relegado
para que enfrentara esa fuerza inexplicable.

—Quiero ver—, dijo mi alma; cándido, pensé en mis ojos.
—Que así sea—; y supe que serían sus almas:
ningún hombre me ocultaría ya sus pensamientos;
así percibo de cada cual lo más íntimo.

Así, en dos mil dieciocho, escapé del ardid
que escépticos periodistas me tendieron,
tildando mi fe de esclavitud heredada;
la fe y la eternidad de mis palabras los cegaron.

Padre, Hijo, y el Espíritu Santo me consagraban
con el don mayor para juzgar vivos y muertos;
y así refuté a los arrianos que objetaron
que, al conocer a Leyla, pidiera su mano.

Porque en todos mis viajes, bajo el cielo,
nunca vi un alma de mujer tan pura:
esposa mía, Leyla, confesora que comparte
el alma de María, como yo la de Jesús Resucitado.

Pero las enfermedades vendrán

Vos dispersistis gregem meum et eiecistis eos, et non visitastis eos; ecce ego visitabo super vos malitiam studiorum vestrorum, ait Dominus.

— Jeremías 23,2

«Abandonaré a los falsos pastores», me dijo,
«a quienes intentaron desviarte de la Verdad».
Y vi a los hombres y mujeres de esta tierra
con quienes había compartido tantos días.

Leí entonces la Biblia y sentí un déjà vu:
el once de septiembre del año dos mil uno
también escuché la ira del Creador
contra el gobierno que bombardeó a Irak.

En mayo, en Chicago, una universidad
me contrató por un guion que celebraron
y que, por intrigas de dos docentes, cancelaron.
Me dije en Manchester: «Que se haga tu voluntad».

Escribía mi tratado de Metafísica Global,
«Siendo Dios», cuando sonó el teléfono:
«Hay bombas en Nueva York», dijo mi compañera.
Imaginé un ataque, pero no mortal.

Escribía que vivimos simultáneos infinitos
cuando de nuevo me pidió mirar
lo que ocurría en vivo por televisión.
La despedí y seguí razonando con Zenón.

Su tercera llamada me obligó a atender:
«Judy ruega que la informes», dijo angustiada,
«han bombardeado el Pentágono».
Encendí las noticias: vi las torres caer.

Recordé mi introspección de aquella mañana
y, reconociendo mi previa dureza
hacia quienes truncaron mi carrera,
oré por ellos, como entonces oraba por India.

Sostuve que no carecían de nobleza.
En mi ardua defensa caí en sopor profundo.
Al despertar, las edificaciones se movían:
era la ira de Shiva cuando el Señor se aleja.

Mas los gritos de las mujeres me compungieron.
«Por tus bendiciones, Señor, vuelve», supliqué.
Y los bloques de cemento se aquietaron,
como las olas de Cafarnaúm tras la tormenta.

«Ya me aparto de quienes me desprecian».
«Pero son mi generación, Señor», imploré.
«Los terremotos disminuirán», me consoló,
«pero las enfermedades vendrán».

Lo publiqué en mis redes sociales
y fue objeto de burla de nuncios y prelados,
y de medios que prefirieron ensalzar a videntes
que dijeron haberlo vaticinado primero.

En Israel ya te vieron caminar conmigo

En Israel ya te vieron caminar conmigo;
sobre Tu pecho me extrañabas.
En este siglo, Tú, el más sabio y más prudente,
con quien desde niño en mi cuarto conversaba.

Sé que en tu amor proteges a quienes te aman
tanto como a quienes nos desprecian.
Hoy mi voz ya no te oculta más: clama,
y testimonios y conspiradores lo atestiguan.

Desde cuando reñí bajo los abedules
contra un niño rival al que vencí,
y por tu precepto decidí no castigar
—así me golpeasen ya no me vengaría jamás—,

hasta mi espera en los campos Elíseos,
cuando socorrí a mi más acérrima enemiga
solo para soportar su taimada represalia:
en pruebas así preparabas mi consagración.

«Entregas como no entregaría el mundo»,
nos decían las nubes raudas de Manchester
luego de que en Oporto nos arrojasen por la borda
de nuestra carabela portuguesa, a tus pies.

Y así la misma trama por cincuenta años:
guardar tus preceptos y ser presa de intrigas,
sufrir persecuciones, atentados y destierro,
para ser favorecido, al cabo, con un mayor destino.

Pruebas del ocaso de los terremotos

Si dudas, hermano, de mis testimonios,
y de la verdad la ciencia te aleja,
abarca desde los números mis dominios:
te citaré los fallecidos que la tierra deja.

Antes de dos mil trece vivimos el insomnio
de un planeta en terremotos desbocado:
setecientos sesenta y siete mil cayeron
desde dos mil dos un nefasto legado.

Hasta que Dios me concedió perdón,
con angustia ante un fin despiadado,
setenta y siete mil cada año naufragaban,
promedio colectivo infortunado.

Y tras el once de abril de dos mil doce,
Dios se apiadó, el duelo amainó:
¡Leed! Cerca de noventa y siete mil han fallecido
en catorce años a causa de temblores.

Noventa y uno por ciento menos,
la tierra reposa atenta a estas palabras.
¡Anúncialas! clama llorando a las especies
que esta generación arroja a la extinción.

Sesenta y ocho por ciento menos
si promedias desde mil novecientos;
de veintiún mil a siete mil por año,
misericordia tras la ira del Creador.[1]

---

[1] E Estas cifras se basan en bases de datos científicas consolidadas (USGS; NGDC/WDS; Our World in Data, actualizado a 2025). Promedio histórico mundial (1900–2013): ~21.200 muertes anuales. Promedio reciente (abril 2013–2025): ~6.870 anuales (~87.000 en doce años y medio; ~97.000 en catorce años completos). Reducción respecto al promedio histórico: ≈67,6% (≈"setenta por ciento"). El período 2002–2011 fue excepcionalmente letal (~77.000 anuales, por eventos como el Índico 2004 y Haití 2010); comparado con esa década, el descenso posterior alcanza ≈91%. Las cifras incluyen muertes directas y secundarias (tsunamis y efectos asociados).

Y la pandemia llegó como anunciara,
castigo que agradecemos al Creador:
los males naturales no son desgracia,
morir no es un mal para inmortales.

Dios corrige con muerte la injusticia,
destruye falacias y males fatales,
se impone ante pobres y pudientes,
desprecia la fama, el dinero y el poder.

Los mayas en un calendario lo anunciaron,
sus astrólogos labraron su final,
pues previendo el yugo de conquistadores,
prefirieron alcanzar una colectiva eternidad.

Jamás conocieron la luz del Maestro,
a Cristo, quien resucitado nos redime,
ni a la Santísima Trinidad, que se revela en nobles:
en José, Moisés, Noé, en mi existir.

En "Historia Descifrada" te lo he escrito:
¿Tu fe la ciencia tanto ha debilitado?
¿Dejarás a tanto proscrito
que dejó de creer en Dios al crecer?

«Eres del metal de Abraham», me dijo

Las sedas y joyas del Indostán,
la amistad de sus guerreros,
sin celebraciones, al filo de una navaja,
como los Upanishads nos lo prescribieron.

Y Job, y los santos y los poetas me festejaron,
errante sobre un mundo en destrucción,
confiado en encontrar el paraíso,
mas jamás en este, también su reino.

«Eres del metal de Abraham», me dijo,
«quien entre ruinas espirituales se atrevió a creer,
a fiarse de mi omnipresencia y mi sabiduría
en una era de mármol frío y de calumnia».

Mis palabras en adelante serán fuego
para generaciones que hoy vislumbro:
menos atemorizadas que la mía
se recuperarán iluminadas.

Con quienes crecí solo quise amar,
pero me culparon por mi transparencia.
¿Por qué insisten en aparentar virtudes
que ya Wilde y Nietzsche desenmascararon?

Lo nuestro es el árbol del Edén,
recobrado para las almas rotas.
Os juzgaremos, presididos por bebés,
a vivos y a muertos, en Tu reino recobrado

María, madre de quienes sufrimos

María, madre de quienes sufrimos,
fuiste tú quien me guio hacia tu Hijo
cuando teólogos de la liberación
me adoctrinaron en el arrianismo.

A los dieciséis quise ser jesuita
y objetaron que desconocía la vida
y a ti me encomendé; me otorgaste
el amor a los libros, mis maestros.

Fuiste tú quien me llevó a Nevada
cuando en Delaware no hallé trabajo;
allí abriste mi Cinetexto en el pasaje
en que Felipe es Rey de Lusitania.

Y Portugal me abrió sus ensenadas;
salvando barreras burocráticas,
facilitaste mi visa de trabajo
en Nueva York, agosto del noventa y ocho.

Salí de Filadelfia a las siete
y llegué a Newark a las nueve a. m.
Una veintena de solicitantes hacían fila;
en mi urgencia salté sus diligencias.

Un africano justamente me recriminó,
pero al verme no descubrió malicia,
sino tu amorosa compañía.
«No hay problema», dijo, conmocionado.

«Séllela en la Embajada de Portugal en Manhattan»,
me indicó el cónsul; mi avión partía a las cuatro.
Salí apresurado a las once por mi coche,
el que un rival secreto había estrellado.

Y oré a ti para no perder mi viaje.
Abriste las autopistas a mi paso
y, sin conocer Nueva York, me llevaste
a la embajada en medio de su isla.

Entonces rezaba a ti todos los días;
encontré aparcamiento en una calle
donde nadie más así lo encuentra
y vi a una señora aproximarse.

Temía, como tantas veces, un rechazo,
pero esta dama me sonrió y me oyó.
«¿Dónde queda la Embajada de Portugal?»
«Justo a mitad de esa cuadra», me respondió.

Entré; eran las doce, y de inmediato fui atendido.
«Qué extraño que hoy no haya gente»,
pensó el funcionario sellando mi visa.
Salí raudo en busca del túnel Lincoln.

Temía una congestión de tráfico,
pero las calles se tornaron, aquel jueves,
milagrosamente vacías en Nueva York.
Entré al túnel sin un solo auto a mi costado.

Tomé autopistas descongestionadas;
aceleré y ningún guardia me detuvo.
En Filadelfia eran las dos y media
cuando entregué mi auto a los acreedores,
desatendiendo tentaciones deshonestas.

«Perdiste el vuelo», coreaban amigas,
pero en mi pecho insuflabas esperanza.
Hice mi registro a las tres y veinte.
«Tiene suerte de que haya retraso».

Ascendí al avión y quedé en primera fila.
El alba de París resplandecía,
y en diez días tomaba un tren a Portugal;
allí estudié tu aparición en Fátima.

«El sol rodó ante ochenta mil personas»,
me confirmó un anciano ateo,
«pero no fue por Dios, sino por ovnis».
Fui a Fátima e hincado hice penitencia.

Sin percatarme, mis rodillas sangraron
por Colombia, por el mundo, por el hombre.
Lo escribo porque hoy una penitencia
suscita no ya presunción, sino superchería.

Y cierta noche te vi desconsolada,
con canales marcados en tu rostro
de tantas lágrimas, de tanto llanto.
«¿Por qué estás triste?», pregunté.

«Porque ya nadie cree», sollozaste.
«¿Qué puedo hacer?», pregunté angustiado.
«Lee el capítulo quince de los Hechos».
Desperté con mi mente iluminada.

«Para ser cristiano basta —concluyen
en los Hechos de los Apóstoles, quince,
Pablo y Pedro— no hacer el mal al otro
y dejar de frecuentar los prostíbulos».

Mis maltratadas creencias regresaron:
el jardín que tanto amé y creí perdido,
el oasis que me cuidó de las flagelaciones
que por diez años padecí en mi infancia.

Nuevas tardes en Manhattan fue escrita
por un teólogo que buscaba definir a Dios.
Y a la tierra de Shakespeare me llevaste
para que caminase por el verde del gran Bardo.

Allí conversé con sus filósofos
y expliqué que el ateísmo también es cristiano
si se actúa sin intriga y sin sevicia.
Al cabo me pidieron definir a Dios.

Publicaron mis comentarios filosóficos,
fraguados en estudios de varios años:
La crisis del ateísmo y, para la enciclopedia
publicada en Oxford, mi «Definición de Dios».

Por ti he sido honesto y sincero;
por ti he padecido persecución y mofa,
desprecio, humillaciones familiares,
un divorcio propiciado por burgueses.

Y cuando el hastío del mundo me embargó
enseñándome los goces mundanos
a ti imploré para que me sacaras
de aquellos desfiladeros circulares.

Y me rescataste, lo vería en sueños
protegiéndome en todos mis pasos.
Mientras te escribo, otro tentador escribe:
«Te destruiremos», y temo por ellos.

¿Quién bajo tu velo teme amenazas?
Pues ya lo cantó François Villon:
«Eres la emperatriz de primorosos cielos
y de estas, nuestras explanadas infernales».

Tuyo es el destino de cada ser humano,
tuyo el cuidado de este mundo,
tuyas las aves y las fieras, tuyos los niños,
tuyo el fin del sufrimiento y la pandemia.

Pues en tu regazo Dios halla consuelo,
y es por ti que Jesús y yo ya somos uno.
En mi cuadragésimo tercer cumpleaños,
Issac y Vikram me llevaron a un árbol sagrado.

«Aquí sabemos que los árboles son los hogares
que habitan las diosas», me explicaron,
enseñándome un noble banyán.
Les pedí que me fotografiaran.

En mi pecho ardía la certeza de tu compañía.
De repente, el rostro de Vikram manifestó miedo
ante un globo de luz que detrás de mí retrató,
dibujando una silueta de doncella.

«No temas», dije al verlo, «es nuestra Madre,
quien restauró mi fe en el abrazo de Jesús,
la Santísima Virgen María, en infinito amor,
con el Niño Dios acurrucado en sus brazos».

Por tu gracia el cielo abrió nuevos caminos,
guiándome al núcleo de mi viaje espiritual;
y al caer me guiaste a lugares santos
donde tu amor sentí cada vez más.

Dentro de mi alma tu luz brilló
y disipaste las tinieblas de la desesperación:
amor encarnado, fuente de cada estrella,
Madre amorosa que aplaca la ira del Cielo.

A ti dedico estos versos por mi Señor,
homenaje de quien fue tuyo siempre,
protectora de quienes sufrimos injusticias,
María, Madre, dulce intercesora nuestra.

Himno a Tu Victoria sobre el Mundo

Fueron tantas las ofensas:
adolescente representaba a vagabundos,
renuente a destruir Tus arpas
entre aduladores que decían ser profetas.

Y jamás cedí a confabulaciones;
ancestros y poetas me animaban
en el poder inmenso de quienes Te imitan,
esperanza de los maltratados.

Y en mi periplo todo lo que obtuve lo perdí;
mi terruño aún guarda vestigios
de intrincados ardides fracasados,
conjuraciones que hoy son polvo seco.

De Ti aprendí que el desapego de Buda
es el camino más venturoso de la vida;
sin bienes ni poder nadie Te adula,
sin fama nadie porta máscaras Contigo.

Un exilio es, por Ti, portal a nuevos puertos,
nuevos ámbitos, nuevas aventuras
que refutan credos nihilistas
que anquilosan en pecados capitales.

«¿Por qué no has amasado una fortuna?»
Por el goce de ganarme cada día.
«¿Por qué no has fecundado a tus mujeres?»
Por amar sin que medien condiciones.

Como tantos, amé y fui engañado;
conocí la pasión, la frialdad y la lujuria;
fiel a Tu verdad, evidencié flaquezas,
prefiriendo la humillación al pecado.

Por amor todo lo di, aun mi profesión;
sufrí su abandono, pero en Ti confié.
Hoy predico: si un amor te traiciona,
no sufras demasiado: otro mejor vendrá.

Hoy aquellas tentaciones son historia;
para quienes obran bien, un vano sueño,
y Tu gracia, una mansión de amplias terrazas
desde donde vemos naufragar los intrigantes.

Al leerte fraguaste esta arena en la verdad

A los diez años, rasgando una guitarra,
gané la mayor lotería de mi vida,
cuyo premio fue el Nuevo Testamento,
traducción de la Nueva Jerusalén.

Y desde mi infancia, Tú, crucificado
en ese abrazo que relega al fuego
todos los menosprecios del mundo,
perdón de los pecados más secretos.

O castigo para aquellos que predican
que este mundo fue entregado al mal.
Lo revelo: Tu cruz es condena o purga,
según las ascuas de cada corazón.

Fue en el año del deceso de mi hermana
que allí leí que, al morir, tu Reino aguarda:
sus caricias en mí habitan tanto como
Tus parábolas, Tu Sermón de la Montaña.

Al leerte fraguaste esta arena en la verdad,
revelándome las intenciones de los hombres
desde las verdes lajas de Escocia
hasta las colinas ardientes de Nevada.

Niño soñaba en venerarte en cada misa.
«No conoces el mundo», me dijeron,
y agoté uno a uno sus tesoros,
desenmascarando su banalidad.

En los antiquísimos reinos de Asia
hiciste de mí palabra testimonio
de la invencibilidad del amor y la verdad
sobre filosofías egoístas, presuntuosas.

He ayudado a demonios de buen corazón
y a prelados de intenciones perversas,
y, como docente, me preservas,
corrigiendo, como maestro, sus errores.

Soy aquel a quien el mundo entregas

Desde niño presumí que por Ti moriría;
decía la verdad incluso sin advertirlo,
y era generoso con quienes encontraba,
aunque abusaran de mi compasión.

Como aquella cena en que a mi tía dije
que quienes habían pernoctado en nuestra casa
se habían llevado mi regalo de Navidad;
ignoraba que entre los comensales estaban.

Asumí el arquetipo del apóstol mártir,
provocando el desdén de los astutos,
hasta que me otorgaste Tus bendiciones
y vi caer o partir a quienes me insultaban.

Sin ambición soy aquel a quien el mundo entregas,
el estudiante que en los pasillos de Babel
comentaba a Schopenhauer, Aristóteles y Kant,
actor que en Bogotá hizo del orbe su escenario.

Embajador Tuyo enviado al valle del Delaware
a padecer su racismo y sus intrigas,
dejando que cortaran mis alas una a una,
como Tú, perdonando a amigos traidores.

Quien retrató los egoísmos de Manhattan
y refutó a visionarios de otros credos,
quien sufrió el estallido latinoamericano
y corrigió a los teólogos ingleses.

Quien participó de la tragedia que es Colombia
y representó en la India sus fronteras;
quien enlazó la semiología con el cine,
en quien las piedras celebran Tu regreso.

A quien conduces por abadías y naciones
con películas de niños y pescadores,
vivencias que cada idioma le ha entregado,
quien hoy te honra en su existencia sempiterna.

Que nuestra comunión sea su clímax

Al cabo mis preguntas se agotaron
y Mi Señor me interpeló en silencio.
«Hay algo que quiero que enmiendes», me dijo.
«¡Así será!», exclamé asombrado.

«Corrige el desenlace de tu cinetexto,
que nuestra comunión sea su clímax».
Comprendí que se refería al mismo cinetexto
que me había dado mi puesto en Portugal.

La historia de Lucrecia de León, profetisa
que anunció que sería Papisa, y se retractó
al ver que asesinarían a Felipe de España,
dama que evitó ser instrumentalizada.

Una doncella es allí juzgada y condenada,
pero, ¡oh destino, voz de Dios!,
es redimida ante Madrid por el Creador,
mimoso con quien rectifica sus pasos.

Mi corazón aceptó sin lamentar
la pérdida de arduas horas de estudio,
traduciendo a Séneca del latín
«Octavia» en los jardines del Escorial.

Mi desenlace era un paralelismo
entre mujeres virtuosas de Roma y Castilla;
Octavia sucumbe a la sevicia del poder,
Lucrecia lo refuta con su arrepentimiento.

El mandato de Cristo disipó las tinieblas
con las que el mundo desprecia la muerte;
si trágico para los justos del mundo antiguo,
coronación y gloria en el sacrificio de Cristo.

Así cayó el velo de rancias doctrinas:
Lucrecia avatar también de mi eternidad;
ambos manifestaciones de Cristo Resucitado
en quienes lo hemos preferido al mundo.

Aquella misma tarde trabajé inspirado
en el *Officium Defunctorum* de Victoria,
el que escuchara antes de esta epifanía,
canto coral que celebrará toda Castilla.

Mas quienes hacen de su corazón el tuyo

El camino resplandecía como espejo,
estela dorada en que hombres y mujeres
esperaban las promesas de tu salvación,
si antaño fuertes, hoy desmoronadas.

Niño fui menospreciado por leer,
desdeñando trofeos deportivos;
asistía a los más menospreciados,
evitando preseas académicas.

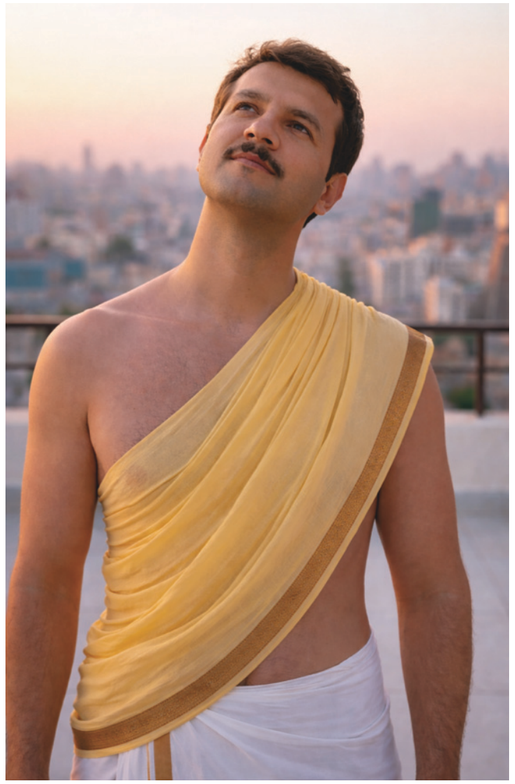
Al cabo docentes me exaltaron
por imitarte más allá de clase,
por ese don que tantos desdeñan:
reconocer en cada criatura a Dios.

«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo»,
nos enseñaste, «si con él pierde su alma?».
Y como José te elegí a ti, verdad suma,
a quien agradezco el milagro de otro día.

Mas quienes hacen de su corazón el tuyo
son la carne de tu nuevo advenimiento,
desde los templos pardos de Barichara
hasta los arcos flotantes de Córdoba.

«Hablarás mi voz y serás escuchado,
y escribirás la versión de los justos.
Los reyes buscarán tus consejos
y me representarás en los misterios del orbe».

Las capillas lusas aún son testigos,
escombros de un esfuerzo inmenso
por alabarte, Salvador del Mundo, Mesías,
que desde su Reino vuelve a reinstaurar su trono.



Y en nuestra comunión, casa de los dos

Pues es la vida un frágil tablero
de reglas que pocos respetan,
arena que subestima el amor
en donde la hierba del dolor germina.

Vives como conocimiento de los hombres,
de sus fracasos y reivindicaciones;
en los secretos que las reflexiones tejen,
alquimia del perdón que proclama justicia.

Oasis y tranquilidad de los caídos,
quien da lo necesario discretamente;
Rey que endereza los reveses de mi vida
y con suaves percances me corrige.

Quien reina en los encumbrados alcázares
de una imaginación bruñida en ofensas,
realidad no menos real que lo real,
el Hacedor que todo lo ha sufrido.

Aun el desespero de los pobres de espíritu
que solo reciben vinagre del mundo
adormeciendo sus vidas en delirios;
en palacios y arrabales deambulan.

Y en nuestra comunión, casa de los dos,
hacemos el Gran Cañón del espíritu:
un espacio que ninguna filosofía entrega,
de quien preserva en su sentimiento el Tuyo.

¿No ha secado conflagraciones y lágrimas?

«Por mí te perseguirán a muerte,
pues aunque a tu lado siempre esté,
los burócratas niegan los caminos
de Aquel que todo puede y todo crea.

Mas siempre serás escuchado:
todos los argumentos del sarcasmo
refutarás, pues eres vate mediador
entre Dios y los hombres, su profeta».

«Aunque me destruyas, creeré en Ti»,
respondí a Jehová, emulando a Job.
Y les diré: «¿Por qué os enoja mi fe?
¿Por celo de Dios, o del engaño y su conjura?

¿Al que relega al justo a las iglesias
aceptáis y no a quien proclama a Cristo?
Si murmuráis que son delirios de poeta,
¿por qué negáis su palpitante belleza?

¿O despreciáis el arte cuando es cierto?
Es mi palabra la que al mal derrota,
viva en quien equilibra los cielos y la tierra,
látigo de los violentos que os gobiernan.

Y mirad: ¿no ha menguado temor y temblor?
¿No ha secado conflagraciones y lágrimas?
¿Sanado enfermos, o esperáis acaso
que resucite una vez más a vuestros muertos?»

Inmortal Orden de Melquisedec

Por Tus preceptos todo lo he arriesgado,
y entre los bardos probos de esta era
soy lirio que brota entre las rocas,
portaestandarte fiel de Tus bendiciones.

Hiciste de este retiro Tu connubio
entre nuestro corazón y el Tuyo,
y de nuestras congojas brotaron
flores y frutos que hoy son libros.

Señalamos en el ateísmo un nuevo credo,
ya no negación de Tu presencia,
sino umbral donde Tu sustancia
inunda las formas caprichosas de los credos.

No soy quien más Te venera, ¡oh Cristo!,
pero al escribir por Ti dialogo en gozo;
Tu amor, simpleza viva que deslumbra,
rompe la sombra que filosofías guardan.

Tu cruz destruyó la crueldad de Roma;
Tu Iglesia conmovió reinas y leones;
Tus enseñanzas, columna de la historia,
secularizadas hoy en los Derechos del Hombre.

Así lo anunció la voz de Juan:
un reino sin fronteras ni dominio,
donde ningún hermano se envanezca
de raza, propiedad o patrimonio.

Un reino sin iglesias que condenen,
sin leyes que dividan corazones,
donde las almas juntas se sostengan
bajo un solo Amor para las naciones.

Porque en Babel la fe vivía su alborada,
una sola plegaria hacia los cielos,
hasta que la ambición del hombre antiguo
fragmentó la familia en mil naciones.

Hoy las piedras anuncian Tu regreso
y los idiomas rotos se reúnen;
me indicas que forme a los poetas
en la inmortal Orden de Melquisedec.

Arcadia renacida de las ruinas,
liceo sin fronteras ni doctrina
que esclavice al estudiante con mentiras:
saber en que florezca el ser humano.

Sin los engañosos límites de muerte
que constriñen el ser al nihilismo;
no negarán la vida, la cultivarán
por su propio porvenir reencarnado.

Arcadia, universidad del alba,
matriz de la fraterna eternidad,
donde mente y alma, ilimitadas,
alcanzan la serena dignidad de Dios.

Allí personé a Aristóteles y Kant
midiendo la sombra del concepto;
allí Schopenhauer, con Dios universal,
descubría la Voluntad de la Verdad.

Y Marx asentía junto al místico
que toda materia es forma del espíritu,
mientras el Verbo, matriz silogística,
restaura lo que el hombre no controla

Juana de Arco alza su voz ardiente,
y Quevedo, con ingenio penetrante,
proclama que la fe es la certeza
que no será mañana aniquilada.

Allí daré el don de discernimiento:
leer el alma viva de los hombres;
descubrirán las sombras del corrupto
cuando urde en secreto sus argucias.

Verán en cada gesto su destino
como quien lee un libro transparente;
pues nos diste ya el Libro de la Arena
sobre las olas turquesa de Estambul.

No para dominar ni para herir,
sino para iluminar entendimientos
y devolver a la mujer su juicio
entre justicia y falsos juramentos.

Porque sólo las obras de bondad,
gestos humildes que el mundo desprecia,
preservan Tu rebaño entre masacres
y tornan fieras en mansos cachorros.

Mi voz jamás ha sido solitaria
en esta edad de hierro y confusión:
se forja como espada en rojo vivo
con ángeles y santos que me asisten.

Recibe como ofrenda mis vigilias,
este arduo estudio que Te entrego,
como el perfume de la mujer ultrajada
que a Tus pies derramó cuanto tenía.

Si mi soledad fuera sólo Tuya
y caminara el mundo inadvertido,
no lo lamentaría: ¡oh Dios! Ser apartado
de frívolos aplausos no me incumbe.

Me has revelado que estos cantos
son deleite de almas inmortales
que celebran mi rol como Tu apóstol
en este teatro de las vidas todas.

Profanando la lógica más célebre

Me has exaltado ante naciones,
profanando la lógica más célebre.
En Temple perdí una beca y me diste dos:
actué, dirigí y produje Hamlet Unbound.

En Portugal, un documental; en Bretaña,
una obra de Shakespeare; en Chennai,
un filme; y en la TV de Colombia
nuestro presidente agradeció mis versos.

Pues no aprendí de tus servidores
la suerte, sino la fe que nada espera.
Me concediste apaciguar el clima
y sanar la estirpe de los diez leprosos.

Cuando te dije que escribiría
nuestro encuentro en una novela,
replicaste que sería en un libro de poesía,
obra que he forjado con denuedo.

Alguien me preguntó si no sufría
a causa de mi ostracismo por la izquierda,
ideología que, como Mefistófeles,
ofrece riquezas a cambio de almas.

Respondí que vivía feliz en la certeza
de que, sin congregación ni riqueza,
nada me habría de faltar: el cielo,
las ciudades, y todo me lo entregas.

La realidad es apenas una costra

—Dime, amigo —preguntó el Amado—, ¿tendrás paciencia si
te doblo tus dolencias?
—Sí —respondió el amigo—, con tal que dobles mis amores.

Ramón Llull

Solo quien reconoce sus faltas es cristiano,
escribía Kierkegaard allá en Dinamarca:
angustia que en su tiempo fue la vida misma,
hoy desidia en tus creyentes, Cristo.

¿Por qué temes al dolor y a la injusticia
si vives al abrigo del amor supremo?
Cuantas más tribulaciones te alcancen,
mayores serán también tus glorias,

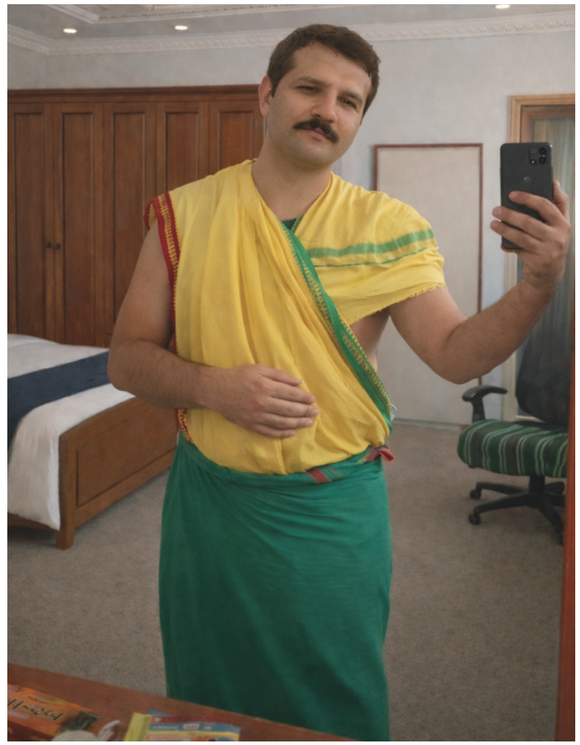
el sabio sabe que toda tempestad cesa,
que toda congoja es una prueba
en que sin saberlo presentamos
nuestra candidatura a ser divinos.

«Dime, amigo —mi Amado preguntó—,
¿tendrás paciencia si doblo tu dolor?»
«Sí —respondí—, si redoblas Tu amor,
pues en Tus sacrificios me forjaste.»

Nunca dejes de desear un mundo justo:
la realidad es apenas una costra
que nos dejan quienes ya soñaron.
Al morir, solo tus intentos quedan.

Aunque te digan que nada cambia,
tu obrar ante quien encuentres cada día
es tu propia construcción del cosmos,
por la que responderás ante los muertos.

Ante el Ser que prescribe los destinos
crece el medro de tu noble pensamiento:
quien en unión con todas las criaturas
es nostalgia del bien que tanto anhelas.



El yunque del Señor es la luz de la verdad

De ti y de Tamerlán la prudencia:
resistir ofensas hasta que en tu furia corriges;
y a quienes oí levantar falso testimonio
los vi caer enfermos de arrogancia.

«El yunque del Señor es la luz de la verdad»,
rayo que expone los riesgos del poder
y denuncia las falacias del saber espurio
de quienes, insultando a Dios, quieren ser Dios.

Leíste y predicaste ante congregaciones
que Dios era la verdad, que la verdad era Dios,
y aun así la ocultaste por no herir al mercenario
que por pobreza a prueba avala el matar.

Pues antes del saber se descubre la intención:
quien entrega o acapara los dones dados,
quien hace del maestro juez del espíritu
o quien alcahuetea excesos juveniles del Maestro.

«El yunque del Señor es la luz de la verdad»:
nada se oculta al fuego de su golpe,
ni el cálculo del fuerte ni la máscara del sabio
cuando pretenden alzarse sobre Dios.

«Hay quienes no merecen vivir», me decía
un príncipe al condenar a un desvalido,
el mismo de quien sus gurús denostaron
y al retarme decayó y marchó al Hades.

Pues quienes desean mal al justo
hieren al Creador que protege a sus criaturas
y pierden lo que más aprecian:
su vida, o la de quienes más adoran.

También el vecino que juró golpearme
y cayó por una infección insanable;
o quien clausuró mis escenarios:
su rencor fue cáncer que lo consumió.

O el editor que conjuró en mi contra
y perdió a su amada por su propia causa:
pues el hierro de los hombres es cristal
para quien escribe la trama del mundo.

La clepsidra del Juicio Final es la Verdad

«La belleza es verdad, la verdad belleza», eso es todo
lo que conocéis en la tierra, y todo lo que necesitáis saber

Keats

Viajaba con Isaac en su motocicleta,
y la lluvia cayó; acudí a Tus bendiciones,
y entre un vendaval a diestra y siniestra
avanzamos sin mojarnos tres horas.

«Y dispondrás del universo», me decía,
«para que ejecutes todos Mis designios».
La justicia que Tu deseo arraigado anticipa
desde la caricia misma que te concibió.

Antes de embarcarme veneraba el Verbo:
que soy la nada cuando soy yo mismo,
el observador común a todos los hombres,
la Voluntad última de quienes existen.

«¿No es demasiado para un hombre?»
«Porque ya entreviste Nuestro seno amado
al caer inocente de un vehículo
y, compadecido de tus hermanos, regresaste.

Porque al ver a tantas mujeres sufrir
por los pecados de sus hijos y hermanos te apiadaste
y renunciaste al Paraíso para redimirlos:
templo que aceptó hospedar a Dios.

Pues Tu verdad es la belleza de Tu era
y Tu representación, vida en la Verdad,
la que Yo ya dijera Ser, así prelados
asumieran la cruel hipocresía, apostatando de Mi
Iglesia.

Ya en Mi Templo lo decía: la Verdad
importa más que vuestras alabanzas.
Pero habéis preferido la cruel hipocresía,
presumiendo que quien miente prevalece.

Ve y demuestra la raíz de Mi Evangelio:
que sepan que la transparencia es libertad;
la tierra la protege con la furia de su lava
y ante ella las nubes se someten.

Tus vivencias regresan hoy triunfantes,
si antaño angustiantes, hoy reivindicadas.
Pues la clepsidra del Juicio Final es la Verdad
que recobra de cada cual hacia el pasado.

Lo demás: espera y supervivencia
entre con quienes también sufrimos.
Deshaciendo el confín de lo vivido,
enseñamos Tu precepto irrefutable.

Expondrás a quienes quisieron lastimarte

En medio de tus tribulaciones,
las que entrego a cada hombre en cada vida,
preservas esa alegría de niño que a Mí vuelve
sin reparar en las envidias que suscitas.

Y al cabo, ¿qué recordarás de sus dolores?
Una serie de ingenuos intentos por destruirte;
a ti, quien intercedía en su amor por sus intrigas,
a ti, cuya sabiduría o inspiración era la mía.

¿Cuántas veces entregué rivales a tus pies
para que los recriminaras por sus faltas?
Pero tú, compadecido de cada condenado,
los asistías con el amor que siempre te negaron.

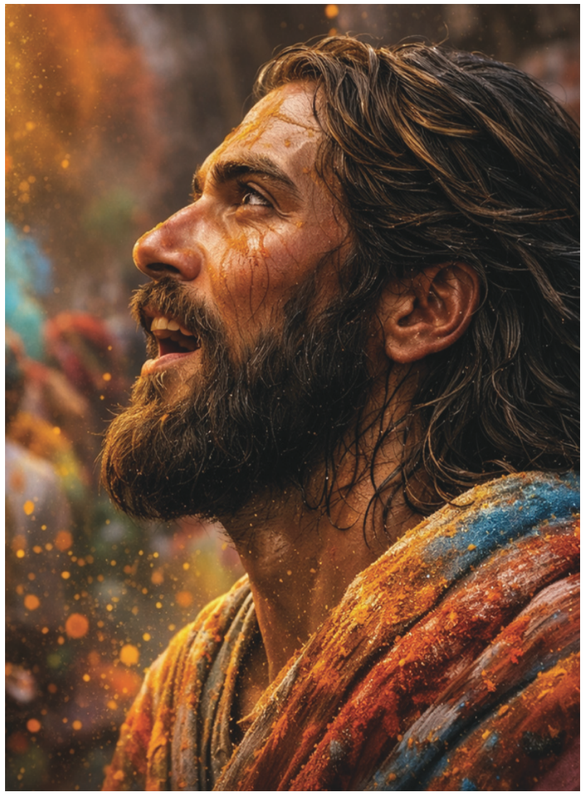
Y lo hacías porque mi vida te inspiraba:
si Yo con el centurión, tú con los violentos;
si Yo con el joven rico, tú con condiscípulos
que te olvidaron por cuidar riquezas.

Como casas de madera que un huracán arrastra,
expondrás a quienes quisieron lastimarte,
por tu conocimiento sobre vivos y muertos,
por la certeza de mi resurrección.

Indicarás las intenciones de los hombres
y abrirás el sello púrpura que los protege;
y con mi manto de plata convertirás demonios,
celebrando el amor que las esferas me profesan.

Sanarás a quien deba corregir sus ofensas
y terminarás el dolor de quienes ya el Edén alcanzan,
entregando un dulce fin a los enfermos:
contigo el apego al espejismo de la vida acaba.

Nadie lastimará ni tan siquiera tu sombra
en la ascendencia del Espíritu Santo;
siempre estaré contigo, pues con tu vida
cantas junto a todos los ángeles mi gloria.



Ante el Sanedrín

En mi verdad os he enseñado mi vida,
y la habéis escudriñado, anhelando
hallar un crimen, una condena, un secreto;
y os horroriza descubrir que nada oculto.

El Sanedrín me ha perseguido, y Dios
me ha permitido escucharlos; los refuto,
en particular a mi mayor perseguidor:
el abad del monasterio de San Benito.

Quien primero comenta mis escritos;
quien, desde un pasillo, entre cien monjes,
me estudió a diez metros y, al girarme,
sorprendiéndolo en su odio, huyó.

¿No urdiste acaso el vanidoso cotilleo:
«¿No tuvo la decencia de peluquearse
antes de llegar ayer a la abadía?»
Al día siguiente fui a cortarme el cabello.

Hace tres días dijo al Papa de mis versos:
«Por alucinógenos fueron sus visiones»,
y citó un capítulo de Yo, Petrus Romanus.
«Habrase visto tamaña osadía», acotó.

El Señor le contesta en estas líneas:
«¿No ha sido por vuestra persecución
contra quienes más habrías de servir
que formuláis infundadas calumnias?

¿No menospreciáis al drogadicto
por quien bebí vinagre en la cruz,
y aduláis al rico poderoso
que toma calmantes por capricho?

Ambos sufren el peso del mundo,
pero abrazáis solo a quien os paga.
Cuando lo cubra de riquezas,
¿lo aceptaréis entonces con su rebaño?

Pues su vida ha sido largo tránsito
por los círculos infernales del mundo:
reportero que canta la bondad
que brota entre espinos y desiertos.

Y si ha ofendido vuestra moral
burguesa, carentes ya del poder
de torturar a quien lo haga,
fue para señalar vuestros pecados.

¿No apedreáis aún a la adúltera?
¿No arrojáis romanos dardos contra Esteban,
mi primer apóstol y mi mártir?
¿No cenáis opíparamente con violentos?

A diferencia vuestra, Noël, como Spinoza,
abandonó los círculos de los sentidos
para encumbrar su ser en la Verdad
y en el Amor que es su bien amado.

No os pido que os hinquéis: oídle,
pues él conduce mejor que vosotros
a las almas unidas de los justos,
las que tanto desean que corrija el mundo».

Bello Señor que marchitas dolencias

Bello Señor que marchitas dolencias,
Tu sangre seca la raíz de los males;
Te alabo por Tus signos y clemencias,
que pocos ven en días que Tú proteges.

Por el solemne y claro amanecer,
y la insondable belleza del mar;
por ese cielo que es Tu rostro,
infinita atalaya del destino.

Por los latidos diarios de la vida,
que sostienen mi ser constante;
y por la sombra suave y prometida
de los olivos recobrados del Edén.

Allí donde el poder Te sentenció
asistido por quienes más amabas;
allí el brillo de Tu amor destruyó
la lógica del odio y la venganza.

Así cineastas maniqueos insistan
en inculcarnos el placer del odio,
Tu cruz devuelve al alma su inocencia,
Tu inminente victoria y redención.

Tú indicas que Tu paciencia ya ha vencido:
fueron dos mil años de advertencias
de mensajeros que se inmolaron
para ser presas de su menosprecio.

Ahora la parábola de los dones
se expande en todo su saber;
quien haya arriesgado su vida
diez veces obtendrá diez vidas,

y quienes temerosos de perderla
la escondieron en mezquindades
vengándose del provocador
sin ni siquiera amar al justo

la perderán ante los ángeles;
sus egos serán solo recuerdo
de titanes que desafiaron a Dios
y fueron enclaustrados en tinieblas

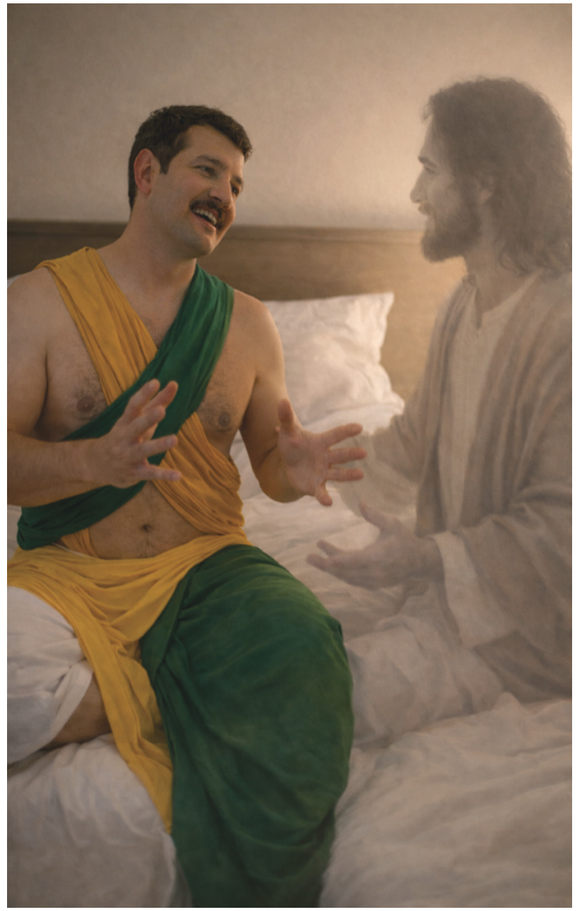
Sus intrigas dejarán de ser creídas,
sus perversos desfalcos, sus embustes
llamando a matones gestores de paz
amenazando a inocentes por amor;

Deja que sus demonios los consuman
violando sus pactos y conjuros
y que Tus ángeles alcen sus espadas
lanzándolos a las llamas del Seol.

O envíalos a las aguas de Estigia
a que reinicien la cadena del Ser.
Bello Señor, Tú que secas dolencias,
y calmas los estertores de la tierra;

Bendice las nobles conciencias,
Tú que la tempestad destierras.
Armadura del alma que domó
ya en San Francisco al lobo hermano.

Y gracias por los bebés reyes del mundo,
esperanza que jamás termina;
son ellos maestros de sus padres
aurora de Tu amor que al mundo inclina.



También Dios necesita de mí

Todos estamos llamados a ser madres de Dios,
pues Dios siempre necesita nacer.

Meister Eckhart

No sólo yo necesito de Dios,
también Dios necesita de mí;
peregrino de una prole angustiada,
que por todos en Cristo media.

Cuando la fe era segada por la duda
yo vi Tu amor y la luz de Tu sabiduría;
y sin temor al mundo proclamé:
Rey eterno en Tu santa monarquía.

Rey Contigo fui por media hora,
hasta ver al Espíritu y al Padre puestos en duda;
me llamaste entonces para ser testimonio
ante quienes daban a Dios por vencido.

Fueron tantas las almas del purgatorio
que, temiendo por su descendencia,
imploraban a Él que atendiera al rico
que despreciaba al pobre Lázaro,

arquetipo de toda el hambre del mundo,
y enviara a un hombre desde el más allá
a dar testimonio de la vida eterna
por las llamas de su arrepentimiento.

Y Dios, apiadado, me preguntó
si querría regresar desde mi dicha
a recuperar las almas del mundo;
y yo, apiadado, acepté enaltecido.

Confieso que he sufrido mi regreso
a la incertidumbre que es mi vida:
la soledad, la impotencia y la ansiedad
del pecado original mías han sido.

Pues los profetas no somos meros mensajeros
de ira breve y de perdón constante,
sino templos en donde Dios habita
para mediar entre cielo y tierra.

Cristo ama tanto a Sus criaturas
que nace, vive y sufre en los profetas
que desprecian honores y riquezas;
no nos favorece más, pero siempre nos protege.

«Todos estamos llamados», dice Eckhart,
«a ser madres de Dios en nuestras vidas»;
vasijas donde, cuando el Amor decae,
el Verbo de Cristo desciende triunfante.

Vivimos un proyecto inacabado,
obra en construcción postergada
que Dios decide reiniciar conmigo
al cabo de siglos de letargos de fe.

Y os demuestro la fe de quien enseña
la certeza de lo eterno al más agnóstico;
fuego que Kierkegaard en Abraham cantara:
creyente que todo lo sufre sin sufrir.

Lo comprobaréis en nuestra serenidad
ante los cinco bebés concebidos
que Dios tomó del vientre de Leyla;
testimonio de nuestra dicha en Cristo.

Así ella y yo devenimos una misma carne,
fe donde nuestras almas desembocan,
devastando a quienes ya en Job predicaban
que solo con descendencia Dios bendice.

También el Mahabharata celebra a Ganga,
quien a siete hijos ahogó en un río;
bebés que antes de nacer imploraron
librarse de la vacilación del mundo.

Dando amor sin recibir a cambio

En la libertad que nos entregaste
para que en ella también fuéramos Tuyos,
mis brazos se ciñeron a Tus ramas
para no ser único testigo de esta saga.

Sin heraldos llegaron las naciones
a tejer sus destinos con el mío;
y canto en ellas Tus sacros designios,
los del connubio en que me ungiste.

A los confines del mundo me llevaste,
a ver al sol fulgurar a Tu mandato;
y a las aguas de la ruta que anduvimos
abrirse como antaño en el Mar Rojo.

Los sauces de Monreal lloraron
mi partida arrullados por Tu aliento,
y al ser aprisionado tembló Gea,
reverente madre que cuida a Tu elegido.

Así Tu creación me habla entera,
desde las sequías que cesan a mis ruegos
hasta las llamas que evitan las ciudades;
por Tus más desvalidas criaturas velo.

Ni el ciervo medita la venganza,
ni el tigre caza más de lo que debe;
la ascendencia de Tu amor enseña
que das lo necesario a los vivos cada día.

Me enviaste maestros querubines:
mascotas que sumisión y fe enseñan;
y velamos por ellos cada día,
desvalidos que de nadie más dependen.

Así también los padres amorosos
sostienen a sus hijos postrados,
sin esperar otras compensaciones
que el amor que entregan por mimarlos.

Espectador único de esta saga
tampoco he sido; conmigo marchan
miríadas de seres que Te amaron
hasta hoy desde la tumba más antigua.

Por las bendiciones otorgadas oigo
a bebés que me interpelan en corro
para anunciaros que por telepatía
corrigen a sus padres e interceden.

Y santos se indignan desde el cielo;
ayer San Benito mi perdón solicitaba
por el monje que me perseguía,
habiendo mediado él con sus plegarias.

Dando amor sin recibir a cambio,
plantaste flores que brotan incesantes
de mi pecho a todos aquellos que conozco,
tributo a un mundo que evita Tu ternura.

En el papel de víctima de lo injusto

Como insectos son vampiros y hadas;
parientes, amigos, seres queridos
acompañan jornadas fatigadas
como ángeles o demonios de la vida.

Por ellos somos heridos o amamos
con todas las espadas del espíritu;
en su reflejo luchamos o temblamos,
espejo frágil del labrado destino.

Ambición, vanidad, traición, engaño,
atajos hacia una gloria vacía
que el agnóstico celebra en su cálculo:
pez que muerde el anzuelo cada día.

Porque toda materia es leve aire,
este sentir y pensar: eternidad.
Antes de bendecir tus ganancias,
ama a tu enemigo: no lo evites.

Ama también al amigo sin temor
a la envidia que a veces lo acompaña;
la paciencia vence cualquier desaire.
«¿Hasta cuándo?», en Montmartre preguntamos.

«Hasta un día después de nuestra muerte,
cuando el universo, en su vasto amor,
destelle ante el Creador supremo».
Hijos de Dios llamados a ser dioses,

adquirimos alas por desapego.
No repares en falsas celebridades
que con sonrisas fingen ser felices;
somos nada aquí en estas ciudades,
mas todo en la eternidad que forjas.

Yo, actor que improvisa esta vigilia
en el papel de víctima de lo injusto,
recibí Tu consuelo y Tu abrazo
y un ojo gentil que anticipa deseos

de adversarios que ilusos consumen,
—tras sonrisas frívolas de dicha—,
fármacos que psiquiatras prescriben,
acentuando su obvia soledad.

De casas turbias hasta la ancianidad
viven esclavos de placeres ya vividos,
desgastados en competiciones vanas,
vengando ofensas que hoy son polvo.

Empero, en mi perseverancia constante
he visto la luz eterna de Tu gloria,
la boda entre fe y razón consumada
por intermediación de mamá María,
gema que honras en amor y justicia,
voz que guía al corazón errante.

Fue en Su templo, en las costas de Montreal,
donde una anciana me pidió sanar.
Su amiga alivió un dolor de décadas
y huimos de celosos nigromantes.

La invité al Cirque du Soleil y dijo:
«Gracias por revivir mi juventud».
Vimos a Próspero dominar el vendaval
y perdonar al hermano que lo hirió,
aquel que planeó su muerte y su naufragio:
La Tempestad, reflejo de Tus amores.

En este desierto hago de tu fe mi biografía

Va así: Atónito vivo por tu inmenso sacrificio,
y en mi soledad abandono lo que fui,
y también aquello que soñé llegar a ser,
a tus pies ofreciendo mi deseo al tuyo.

Como cada hombre y mujer que nace
también sufro las ambiciones de los días;
pero vivo mejor en tu promesa eterna,
bálsamo que deshace furia y zozobra.

Tu palabra es tesoro que todos ven
y que sin embargo pocos disfrutan,
cohibidos por banqueros y científicos,
por celestinas que refuto en mis libros.

Porque el destino es tuyo, Rey de la Verdad,
abogado de quienes con hablar te alcanzan,
escudo de los corazones sin intriga
y de vidas que prosiguen tras la muerte.

Nunca me preocupó la fama de los medios
ni si el mundo me honraba o despreciaba;
tu resurrección es la paz de tus amados;
tu voz la fuente de toda literatura.

A filósofos carentes de compasión
he leído, y a poetas que cantan al crimen;
he visto políticos prometer utopías
y a periodistas insultar tu creación.

He educado a jóvenes que dudaban de vivir,
presas de creencias inculcadas,
agobiados de no vivir en la riqueza;
por su destino he sufrido sus azotes.

Como Eva, como Caín, como Judas y Napoleón,
también fui criado en aquella falsa fe
de que éramos dueños de nuestro propio destino,
fuente oculta de todo egoísmo y crimen.

Y veo a la élite del mundo presumir
que el curso de la historia depende de su dinero,
mientras gobiernan naciones con usura;
pagan con enfermedad y agonía su moneda.

Porque el clima he variado en tu nombre.
En este desierto hago de tu fe mi biografía,
sobre religiones ancladas en el pasado;
de San Pedro Claver aprendí ya a amar al esclavo,
y como él a tantos otros habré de liberar.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete

Victorias surgieron de Tu Palabra,
y por mi primigenia fe infantil
prefiero ver que el mundo es solo un juguete:
un vasto planeta donde juegan niños
confrontando villanos, sorteando celadas,
noches en vela y penas de amor.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete
y nosotros piezas de un tablero,
a merced de jugadores más hábiles,
avezados en mañas e influencias.
Pero Tú mueves montañas, calmas mares;
he visto hombres alabarte con hogueras.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete
de ángeles que comprenden bien el juego
y de hombres que ignoran sus reglas:
unos guiados por firme voluntad,
otros movidos por ciegos engaños.

He visto serpientes rendirse a Tu mandato,
he sobrevivido a caídas de coches,
acaricié elefantes y vencí asesinos,
pues Tú bendices a quien Te recuerda.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete
de niños que aceptan el desafío
y que, en su afán de parecer adultos,
olvidan las instrucciones primeras.

Quienes temen la muerte no nos intimidan;
los veo sembrar miedo entre los hombres,
gimiendo y llorando ante su destino,
cuando es camino hacia la nada,
plácida y secreta puerta hacia el cielo.

Prefiero narrar que somos el mismo Ser
que se olvidó de sí para engendrarse en ti;
que anhela erróneamente su grandeza,
y cuyo mayor alivio es imitar a Cristo.

Puede morir mañana el mismo sol,
podemos perder a un amigo querido,
los caminantes caer por la enfermedad;
y aun así, ¿no tienes este día?

Mírate ahora, seguro o frágil,
semilla viva de toda tu alegría;
otorga bendiciones sin temor
y pregunta siempre a tus horas silentes:
¿con cuánta frecuencia debo agradecerte?
Aquellos que Te dejan por este mundo,
en un entorno de codicia y egoísmo,
desprecian la imaginación y el saber,
reduciendo al hombre a frívola mentira.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete,
pues Tu Palabra seguí en mi fe de niño;
y en esa intuición he vivido Tu victoria,
mis pasos aferrados a Tu mano
hasta mi disolución en Ti.

Prefiero ver que el mundo es solo un juguete:
piezas que juegan una misma partida
cuya duración es tu vida o la mía,
hasta que el Gran Jugador nos guarda
en su caja, esperando la próxima partida.

Tú que caminaste a mi lado

Tú que caminaste a mi lado, el corazón en llamas,
entre visiones, pruebas, amor y nombres santos,
en cada verso un alma renació:
el Juez, el Amigo, Aquel que nos salvó.

Leísteis de palomas, de ciudades en gracia,
de lágrimas de María y de cada lugar sagrado;
me visteis luchar contra la oscuridad, alzarme en luz,
besando la cruz, hablando con la fuerza del Amor.

No fui especial: solo llamado a cantar,
a llevar la Palabra, la herida, la corona, el anillo.
Mas vosotros, oh lectores, espejo de los cielos,
fuisteis elegidos: no meros testigos, sino senda.

Porque catorce años han pasado, y lo aquí escrito
no es vano ensueño, sino diálogo constante.
El profeta no escribe al pasado ni al futuro,
sino a quienes, leyéndolo, caminan a su lado.

En estos versos cada ser queda reflejado:
repara en tu esencia, en tu verdad más honda.
Tú, que me acompañaste por puertos y ciudades
—Frankfurt, Atlanta, Ottawa—, fuiste cómplice y
aliento.

Si te ofendí, no temas que te inculpe,
ni tampoco temas ofender a tus hermanos,
pues nuestra intención es el amor constante;
culpar a la destellante verdad es cosa de tinieblas.

Los escribí sacrificando mi lucro del mundo;
divulgadlos, si mi mensaje anima vuestras almas.
El Reino despunta en estos cantos, camino señalado
si en tu corazón has reconocido a Cristo.

Somos ángeles de Dios, el Creador mismo;
si intensos lo amamos, su luz en nosotros fulgura.
En esta arcilla no hay mentira ni intriga,
ni complot para enriquecerse o ser venerado.

Somos hermanos de amor universal;
llevad su nombre sobre quienes proclaman
que Dios no pudo tardar millones de años
en encarnarse en tan imperfecta especie.

Aquí está la luz de amor que a las piedras dio la vida.
Hechos a imagen y por amor del Creador,
vivimos el vértigo de un sacrificio eterno,
no por millones, sino por trillones y más de eras,
cuando la humanidad pueble infinitos planetas.

Y si os preguntan: «¿Quién fue aquel Hugo Noël?»,
decid: «Imitó a Cristo, quien lo protegió para que
escribiera
versos que corrigieron filosofías y creencias
que reducían al ser humano a su osamenta,
y encendió la llama que Cristo dejara en una era
que había abdicado de Él, Dios y el Reino de los
Cielos».

Chennai, Frankfurt, Atlanta, Ottawa, Montreal,
Pittsburgh, Querétaro, Bogotá, Bucaramanga,
Barcelona, París, Coveñas, Sincelejo, 2013–2026

Proof